



# ¿LAS TÉCNICAS DIGITALES ENCONTRARÁN LA SOLUCIÓN?

Per **Olga B. Ghiorzi Girón**

A finales de octubre de 2018, el Vaticano sorprendía a la opinión pública, al emitir una nota de prensa, en la cual informaba el hallazgo de esqueletos humanos, enterrados en el suelo de uno de sus edificios más enigmáticos, la Nunciatura Apostólica de Italia en Roma. El inesperado y macabro descubrimiento se produjo durante el transcurso de unas obras de remodelación.

El 7 de mayo de 1983, la joven de 15 años Mirella Gregori salió de casa después de decirle a su familia que había quedado con un amigo de clase, pero jamás regresó. Cuarenta días más tarde, otra joven de la misma edad, Emanuela Orlandi, desapareció sin dejar ningún rastro tras finalizar su clase de flauta en la escuela de música que frecuentaba.

Así comenzó un largo camino de indagaciones policiales y judiciales que no llegarían a buen puerto, aunque los agentes encargados del caso se centraron en tres líneas de investigaciones principales.

Emanuela tenía pasaporte vaticano porque su padre trabajaba en la Prefectura de la casa Pontificia como mensajero para la antecámara del Palacio Apostólico. A los pocos días, la Santa sede recibió una llamada de un hombre anónimo que reclamaba la liberación del terrorista turco encarcelado por intentar matar al Papa Wojtyła (Mehmet Ali Agca), pista que se consideró un señuelo.

Otra línea de trabajo se basó en la posibilidad de que la joven hubiese sido secuestrada para chantajear económicamente a la Santa Sede, porque durante la quiebra, en 1982, del banco Ambrosiano, entidad financiera que había nacido con una misión caritativa en el siglo XIX, la Mafia italiana había perdido buena parte de su capital.

Y la tercera vía fue la proporcionada por dos sacerdotes, Gabriel Amort (célebre exorcista) y Simeone Ducca (archivista vaticano), que afirmaron que en territorio de la Santa Sede se organizaban fiestas clandestinas en las cuales estaba involucrado como “reclutador de muchachas” un gendarme del Vaticano. “Tenemos motivos para creer que se trató de un caso de explotación sexual, con el consiguiente homicidios”, manifestaron los dos religiosos. Sus palabras nunca fueron tomadas demasiado en serio. La fiscalía también descartó una hipótesis derivada de la anterior: la existencia de una red de trata internacional de blancas que involucrase a personal de una embajada extranjera en la Santa Sede.

Al estallar en 2002 el escándalo de pedofilia en la Iglesia católica de Estados



Unidos, con el arzobispo de Boston acusado de encubrir los delitos sexuales de decenas de clérigos subordinados, numerosos investigadores se mostraron convencidos de que la desaparición de Emanuela estaba conectada con la de Mirella. De hecho, las dos familias contrataron al mismo abogado para que gestionara ambos asuntos y actuara como portavoz común.

Había buenos indicios para ello. La madre de Mirella, durante una visita al Papa, reconoció a un escolta del Vaticano. Se trataba de un hombre al cual había visto muy a menudo charlar con su hija y un amigo de ella en un bar próximo a su casa. Al ser citado a declarar, el escolta negó conocer a la adolescente en todo momento. Más adelante, una investigación, recoge documentos de una cuantiosa partida destinada a contratar una agencia de investigación privada, cuya misión era la de ejecutar tareas de “distracción” y atender a los medios de comunicación que seguían el caso.

La mayoría de personas citadas a declarar insistieron públicamente en la naturaleza espuria e inconsistente de las noticias. El Papa Francisco, cuestionado sobre los delitos sexuales registrados en el seno de la Iglesia, se limitó a afirmar que existe una necesidad de respuestas y que el momento por el que pasa la institución es “muy complicado”.

Con la firme voluntad de no dejar ningún cabo suelto por aclarar, los informes de la policía científica italiana, suscitaron tantas y tan enrevesadas preguntas que, al día de hoy, ninguna incógnita ha sido despejada. El caso es que las desapariciones de las adolescentes vaticanas se insertan en una larga tradición de sucesos similares, sin aparente relación entre ellos, que se viene registrando en Roma desde hace siglos.

Los Emperadores romanos fueron, en su mayoría, depravados. Tiberio fue un pedófilo. Calígula, un asiduo a las bacanales, que se deleitaba contemplando torturas y ejecuciones. Nerón, un pirómano. Caracalla, un célebre fratricida. Heliogábalo se prostituía. Teodosio I perpetró un genocidio. Diocleciano persiguió a los cristianos. El orador Demóstenes resumía el espíritu de la época grecorromana al afirmar que “las hetairas (prostitutas) son para el placer, las concubinas para los cuidados diarios y las esposas para procrear”.

Los castrati o la ablación femenina forman parte de la misma tradición siniestra. Una lección de la terrible banalidad del mal, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes.

¿Qué se esconde tras la depravación humana? ¿Un hombre bueno puede transformarse en un ser vil y perverso a causa del entorno?

¿Al margen del poder sugestivo de las drogas, los electrodos o el ambiente, se pueden transformar las personas en seres ruines y malvados? ¿Puede un contexto determinado inducir a cometer actos extremos?

Solo la mente puede dispensar coherencias, mezclar los niveles de análisis,



**Diputació  
Barcelona**

*Xarxa de Biblioteques  
Municipals*

dejar etapas desgarradoras y sembradas de dolor y de crueldad para examinar los hechos y llegar a conclusiones metódicas.